

AMÉRICA<sup>1</sup>

*La tragedia de Amerindia. Tihuanacu. Los últimos incas: Huainacápac, Huáscar, Atahualpa. Los conquistadores: Francisco Pizarro, Hernán Cortés. Los indios prehistóricos, la heliolatria, la poligamia. El crisol de las razas, el mestizaje. La época colonial. Las "familias antiguas"; la Quintrala, una Mesalina indio-alemana. Permanencia de los indios. El hombre cósmico. El Carnaval.*

EN UNA obra de conjunto, en la que veinte viajeros, arqueólogos e historiadores tratan de dilucidar los secretos de una de las más antiguas civilizaciones que se desarrollaron en el continente americano —y que dejaron testimonios en piedra en ciertos lugares de México y de las alturas andinas—, el autor de la introducción, refiriéndose a la célebre Puerta del Sol de Tihuanacu, cerca del lago Titicaca, cree que, por su orientación astronómica, esta puerta ha servido también para determinar la edad de la ciudad, "cuya vejez se remonta a las épocas anteriores de Caldea y el Egipto"<sup>2</sup>. En el origen de las estatuas de los gigantes que pueden verse entre las ruinas de las construcciones religiosas y militares, vuelve a encontrarse la idea del pecado original. Tihuanacu —dice G. A. Otero— "une también a sus fastos legendarios la visión de sus habitantes afiebrados por la sed de los siete pecados capitales, los que, como los babilonios de la decadencia, se habrían situado más allá del bien y del mal". Un extraño peregrino vino a Tihuanacu, predicando una nueva vida de redención, exhortando a los habitantes "contra el sensualismo disolvente y corruptor". Pero ellos, como todos los pueblos que no saben reconocer a sus verdaderos salvadores, "respondieron al peregrino moralizante, especie de profeta bíblico, sometiéndole a los rigores de su pasión incontenible de odio. Maltrecho el apóstol, al huir convirtió por su mandato a todos los habitantes en las

<sup>1</sup> Original agregado por el autor.

<sup>2</sup> *Tihuanacu*, recopilación de estudios, con prólogo de Gustavo Otero, Ed. Emecé, Buenos Aires, 1943.

estatuas que hoy se ven como huellas de aquella maldición mágica”.

Esta idea de pecado, que reside principalmente en las formas excesivas de la vida sexual, la encontramos de nuevo entre las explicaciones de la decadencia y la desaparición de las civilizaciones antiguas y aun de las poblaciones más recientes. En la obra citada, Arturo Posnansky, un especialista en los asuntos concernientes a la civilización prehistórica en el Altiplano sudamericano, se expresa sin rodeos: “No cabe duda de que cuando los conquistadores (españoles) hollaron el continente, encontraron relativamente una gran cultura, en comparación con la del indio de la actualidad, pero la corrupción sexual y el abuso de bebidas fermentadas ya en aquellos tiempos precipitaban a los autóctonos hacia la decadencia.”

Así, casi siempre, cuando se quiere explicar el origen y la desaparición de una civilización o de un pueblo, el papel del factor sexual se evidencia, por encima de otras razones de orden social-político, económico, militar, ético o religioso. De la misma manera que para Babilonia, Egipto o el Imperio romano, el destino de los pueblos americanos prehistóricos, y después el de los “imperios” de los mayas, aztecas e incas, encontró su desenlace catastrófico en los momentos de desintegración de la unidad interna, de disolución de las energías creadoras o combativas a causa de los acontecimientos que, antes de ser marcados por el signo sangriento de Marte, se caracterizan más bien por las manifestaciones excesivas y desviadas de Eros.

Se cree generalmente que las poblaciones salvajes o primitivas son, por su propia naturaleza, extremadamente sensuales, desprovistas de pudor y de frenos “morales”, viviendo en una promiscuidad que tiene todas las formas del exceso sexual. Esta falsa opinión es combatida por numerosos viajeros e investigadores que han constatado que los obstáculos mágicos, ceremoniales y tradicionales restringen el impulso sexual de los pueblos primitivos. Havelock Ellis, en su libro *El impulso sexual* (Ed. Partenón, Buenos Aires, 1948), ha expuesto en un capítulo estas búsquedas, cuya conclusión sería que, en la base de la restricción de las relaciones sexuales en los pueblos primitivos, existe “una

debilidad fundamental del impulso sexual, que desea menos y con menos frecuencia que en los pueblos civilizados, pero que es capaz de manifestarse poderosamente en ciertos momentos”.

No podemos seguir al autor en todos sus pormenores, y sólo indicamos algunos hechos concernientes a las poblaciones primitivas de América. Los fueguinos del extremo sudamericano no estiman la castidad, perdiendo la virginidad a una edad muy temprana; pero los hombres y las mujeres son extremadamente moderados en sus relaciones; como los indios de una gran parte de América, ellos desconocen en absoluto la costumbre de besar. Al otro extremo del continente americano, entre los esquimales, “se prescinde de las pasiones sexuales durante las tinieblas del invierno y durante la función menstrual, por lo regular, y la mayoría de los niños nacen nueve meses después de la aparición del sol”. (Esta moderación no excluye la prostitución hospitalaria.) En América del Norte, los indios suspenden las relaciones sexuales durante el período de lactancia. A. d’Orbigny (1839) observó lo mismo entre las tribus de los indios sudamericanos, aunque la lactancia dura más de tres años. Por su contacto con la civilización de los inmigrantes europeos muchas tribus se han hecho licenciosas. Según el doctor Holder (1892), “varias virtudes, y entre ellas la castidad, eran practicadas por la raza india antes de la invasión del Este, con más entusiasmo del que pone hoy, en la práctica de esas virtudes, la raza blanca... La raza (de los indios) es menos lasciva que la negra o la blanca... Estoy convencido de que las mujeres de algunas tribus son ahora más amantes de su virtud que las de cualquiera otra comunidad de las que conozco”.

En lo concerniente a las numerosas tribus indias que vivieron en la región andina y los territorios sudamericanos que se extienden a lo largo de las costas del Pacífico, se encuentran interesantes indicaciones en los testimonios de los cronistas que acompañaron a los conquistadores españoles. En las obras de los historiadores modernos, raramente se insiste sobre las costumbres sexuales de las poblaciones indias. En *Atahualpa o la tragedia de Amerindia*, de Neptalí Zúñiga, miembro de la Academia Nacional de Historia del Ecuador (Ed. Americalee,

Buenos Aires, 1945), se encuentra en la exposición de los hechos prehistóricos y preincaicos muchos detalles sobre las costumbres de los pueblos que han alcanzado un grado bastante evolucionado de la vida social en las mesetas peruano-bolivianas. De estas mesetas han descendido a la conquista de las poblaciones indómitas o de los ayllus, tribus débiles, "dirigidos en su primer período acaso por Viracocha, el héroe de la fuerza, cuya fama lo divinizó después. Éste bajó del Tihuanacu para formar la unidad de las tribus. En el Cuzco habitaban restos de la población aymarará, que tanto engrandeciera al Tihuanacu, entre los siglos II y VI, VII y IX, llegando a proyectarse hasta tierras del Reino de Quito en diversos movimientos migratorios. Sobre estos ayllus cayeron los incas, apoderándose de su territorio e iniciando su ascenso de raza fuerte, guerrera y pujante" (págs. 98-99).

En la base de la evolución religiosa de estos pueblos hállase el totemismo. El totem "surgió de las necesidades más elementales, en aquella época en que el aborigen se sentía parte integrante del mundo". Él creó los demonios y magos, brujos y dioses, "los genios protectores". En la fase heytárica o de promiscuidad del ayllu-horda, todo fue común. "Las relaciones afectivas no guardaban barrera ni principio ético alguno, dirigiendo la endogamia la perpetuación de la especie." En el ayllufatria se modifica la estructura anterior, por el lazo de la sangre y del mismo totem, conservando la endogamia. "El ayllu y la tribu fueron las formas sociales de organización primitiva en la gran masa de aborígenes americanos." El ayllu, la comunidad fue "la célula del imperio. Los incas hicieron la unidad, inventaron el imperio, pero no crearon la célula" (cf. Carlos Mariátegui). Así, pues, en los tiempos remotísimos existió en la región de los Andes una cultura homogénea; el ayllu persistió por mucho tiempo, aun en el período incaico y en la colonia, como unidad indivisible.

Neptalí Zúñiga expone ampliamente los elementos de esta "cultura homogénea", cuya suprema forma religiosa era la *helio-latría*, la adoración del sol, con un ritual sangriento, los sacerdotes ofreciendo al Dios-Sol los corazones aún palpitantes de los sa-

crificados. "Todo lo que trajeron los incas fue como un barniz de civilización, y en algunos aspectos más bien desfiguraron el adelanto del ayllu ecuatoriano." Narrando la vida cotidiana de los ayllus, el autor precisa que el narcótico de la chicha (maíz fermentado) y de la coca fue necesario por la inclemencia climática del altiplano. El patriarcado alternaba a veces con el matriarcado. Ciertas tribus estuvieron "controladas por mujeres, quienes, en tiempo de paz, labraban la tierra y recogían las mieses, mientras sus maridos hilaban y tejían, cocinaban y realizaban toda clase de oficios femeninos. Algunas mujeres llegaron a ser cacicas, como Quilago, que se puso bravamente frente a Huainacápac". (Esto nos recuerda la "leyenda" de las Amazonas en la selva del "infierno verde" tribu que, más tarde, Francisco de Orellana esperaba encontrar cuando descendió a la desembocadura del Amazonas. Sobre este episodio es muy instructiva la lectura del libro de Leopoldo Benites Vinuesa: *Argonautas de la selva*, 1945, autor también de un estudio: *Ecuador, drama y paradoja*, 1950, editorial Fondo de Cultura Económica, México.) Los jefes de las tribus, los caciques, se comportaban como "señores feudales", disponiendo de tierras, mujeres, niños, hijos e hijas, como si fuesen esclavos. Algunos centros ecuatorianos en el período preincario, como Pillaro, "la capital social", y Tigualajó (hoy San Miguel de Salcedo), la "Corte de Placer", eran favorecidos por la benignidad del clima. Generalmente, en los ayllus, predominó la endogamia a fin de conservar el lazo de sangre, de la tradición y de los ritos totémicos. En el Reino de Quito "se enseñoreó la sexofobia y la sexolatría, estableciéndose ciertas disposiciones prohibitivas y levantando ciertos tabús." Los caciques fueron polígamos, sabiendo defender con astucia este "privilegio" en tiempo de los españoles. "El aspecto sexual fue preocupación fundamental entre los aborígenes, manifestándose en el trabajo de ídolos o en el culto religioso." Estos ídolos representaban mujeres preñadas, deidades de lactancia; el ídolo de Uxcuina fue una "deidad impúdica, de la carnalidad, a la que se le atribuía el poder de perdonar los actos inmorales... Llegaron a representar como diosa a una mujer desnuda, con los brazos cruzados sobre el pecho y con

especial cuidado en el dibujo de los órganos sexuales; y como dios, a un varón de repugnante continencia, de bestiales facciones, sentado en cuclillas, con los órganos sexuales muy acentuados" (op. cit., pág. 129).

En algunos ayllus y tribus, especialmente del litoral, existió cierta perversión sexual. En la provincia de Puerto Viejo —escribe Cieza de León—, "hay en la mayor parte de ella tanta disolución en la sodomía, que traen a los muchachos públicamente por mujeres y a las mujeres hacen servir como a esclavas". Otro cronista español, refiriéndose a las indias cañaris, las llama "no poco ardientes de lujuria, amigas de españoles". Pero es preciso reconocer que muchas "supieron defenderse bravamente del abuso desenfrenado y lograron perpetuar su raza con el sentimiento de la patria nativa". Kori Ocello, por ejemplo, antes que entregarse a los blancos barbudos, prefirió recibir "en su cuerpo prendido a un árbol las saetas vengativas", y Pagya, la hermana y al mismo tiempo la mujer legítima de Atahualpa, "se quitó la vida con el lazo de sus cabellos a la garganta, cuando el indio fue victimado por la imperdonable acción de los conquistadores".

Es en este momento de la historia, tras las primeras conquistas de los españoles, al comienzo del siglo XVI, que culmina la "tragedia de Amerindia". En México, Moctezuma es asesinado por los caballeros de Hernán Cortés. El imperio de los incas encuentra su fin con el asesinato "legal" de Atahualpa por Francisco Pizarro. "Es preciso indicar que la guerra fratricida entre los medio hermanos de padre —Atahualpa y Huáscar (incas de Quito y Cuzco, respectivamente)— fue ante todo el choque de dos nacionalidades diferentes, en cuanto a la concepción de ideales, al respeto internacional embrionario, a la valentía diametralmente opuesta... Este choque despedazó para siempre la unidad del incario." La objetividad del historiador Zúñiga no se limita a los acontecimientos exteriores, en el sangriento choque de la guerra. Dedicar varios capítulos a la vida íntima de los últimos incas, descubriendo sin miramientos los vicios que carcomían a la clase dominante. Y es así como se puede comprender mejor la tragedia de Amerindia. Los conquistadores encontraron ya a pue-

blos desunidos, en despiadada guerra, y las costumbres sociales y sexuales debilitaron la resistencia de los jefes. "Hacia la desintegración del incanato cayó el español, que batalló sin tregua en su 'cruzada civilizadora'... hasta imponerse al fin España con su cultura de hierro sobre Quito, con su cultura de piedra y de bronce" (pág. 135).

No es éste el lugar para insistir sobre esos acontecimientos históricos, bastante conocidos. Indiquemos solamente algunas características concernientes a las costumbres de la época. Los incas fueron muy crueles con sus súbditos; conocían "los castigos sin templanza, los sacrificios colectivos, las mutilaciones feroces, las eliminaciones absolutas, las tremendas masacres, el *mitimae* respetuoso y obediente... Con Túpac Yupanqui surge en tierras del Reino de Quito la ciudad de Tumipamba, el campo de los Tumis o de los instrumentos de piedra que servían para abrir los corazones" en las ceremonias heliolátricas. A su hijo, Huaynacápac, corresponde el sometimiento definitivo del Reino de Quito, es decir, de los indios al yugo de los incas, después de "cierta alianza matrimonial". Todos los caciques fueron aliados antes que subyugados: "Sus hijas pasaron a manos de Huainacápac y sus cortes resplandecieron." Su imperio: Tahuantisuyo, llegó a una extensión de un millón de kilómetros cuadrados. La economía del incario fue esencialmente práctica. "Su cultura estaba basada en la ciencia del bienestar humano." Pero este pragmatismo estaba condenado a perecer: "Todo pragmatismo mata el ideal. El incario prohibió el vuelo de la imaginación de los quichuas y de sus pueblos confederados o sometidos; prohibió que el concepto saliese del grupo y fuera más allá del Sol." La heliolatría, con sus sacrificios tan sangrientos y su agricultura suntuaria, con "famosos jardines colgantes, con trepadoras que daban flores y frutas a la vez, como los de Yucay", ocultaban apenas la disolución de la casta privilegiada. Huainacápac, en el vértice de su poder, no supo mantenerse: "Gustador de la molición y vicioso en extremo de mujeres, encontró remanso y placer dominadores."

En la organización social del ayllu se controlaban los más nimios detalles de la vida familiar. Para el pueblo, la monogamia

y todos los trabajos y sacrificios. Para los incas y sus caciques, todos los privilegios, a pesar de la apariencia de "un socialismo de Estado" que tenía este extraño imperio comunitario. Por sus hábitos, Huainacápac, establecido en Quito, acentuó la crisis en la nobleza de Cuzco. Según el cronista Gomara, el undécimo inca "tuvo más de 200 mujeres entre coyas, ñutas, pallas, mamacunas; todas indias fuertes y hermosas, hijas o hermanas de los caciques confederados; se entregó al placer y a la vida fácil y enervante; edificó intihuanatas para el sacerdocio y para las vírgenes; rodeó la ciudad de Quito de magníficos sembrados y de imponentes pucarás y corpahuasis". Entre todas las bellas indias de Quito, "de raza vigorosa, no como aquellas que ofrecía la nobleza muelle y decadente de Cuzco, Huainacápac prefirió a la hermosa Paccha, quien "a base de sentimiento y de razón política, detuvo su carrera conquistadora, entregando luego el lazo más fuerte de unión: su hijo Atahualpa... Sobre el sentido concepcional de incario y de la política del Reino de Quito, se encontró ante todo el aspecto biológico de la mujer y la grandeza de Atahualpa. El inca no debía salir del ombligo del mundo"... Pero al fin de su vida, el octogenario inca tenía que arreglar su herencia, dividir su imperio entre los hermanos enemigos: Huáscar, "que representaba el viejo y comido prestigio del Collasuyo o del Perú actual, y Atahualpa, representante de los que nacieron en el Norte, en el floreciente Chinchaysuyo o en el pujante y prestigioso Reino de Quito. Solamente que ambos indios fueron como dos soles en un mismo cielo...".

La muerte de Huainacápac, durante su viaje a Cuzco, significa el principio del fin del incario. El cansancio físico y la fatiga mental "producidos por las múltiples impresiones de la travesía le enfermaron, agravándose la *sífilis* que desde hacía algún tiempo corroía su organismo". (Esta indicación del historiador N. Zúñiga parece, pues, desmentir la afirmación de que los conquistadores españoles trajeron la *sífilis* a América. E. R.) El entierro de este inca "de sexualidad desenfrenada" se puede resumir en dos palabras: risas y lágrimas. "Mientras en Quito se sufría la pérdida del gobernante, en Cuzco se exclamaba: El

rey ha muerto, ¡viva el rey!... Mientras Atahualpa buscaba el contacto del dolor de un hijo para su padre que desaparecía entre los vivos, Huáscar buscaba la borla para coronarse." Así comienza la lucha para la sucesión entre los medio hermanos, a pesar de los votos testamentarios del padre, precisamente cuando los chasquis trajeron de la costa la noticia "acerca de la sorprendente aparición de los hombres *blancos y barbudos*, metidos con sus vestidos de metal en las *casitas flotantes*".

Huáscar fue el prototipo de la herencia incestuosa, el último representante "del declive de la nobleza cuzqueña, degenerada física y mentalmente". Su infancia y adolescencia se desarrollaron en "un medio enfermizo y trágico". Criado entre mujeres, adquirió ciertas manifestaciones feminoides. Su virilidad desembocó por fin "en el gozar sexual, fantástico y tibio de la corte... en el clima libertino que le ofreciera la nobleza de la ciudad". Adquirió fama de "conquistador de mujeres en la vastedad del imperio... Tuvo muchas mancebas, entre ellas su hermana predilecta, Chupy Huapay... Todas ellas le dieron muchos hijos, que, al decir de algunos cronistas, desaparecieron trágicamente... Fue el último hijo del Sol... Muy orgulloso de su linaje imperial, cegado por la ambición, amigo de las intrigas palaciegas y de febriles cortesánias, sin el lastre que dieron a todos sus antecesores los hechos guerreros y heroicos". De este modo, el historiador ecuatoriano nos presenta la "personalidad sádica del inepto Huáscar".

En cuanto a su medio hermano, Atahualpa, a pesar de sus cualidades de organizador, su orgullosa energía que supo aprovecharse de la civilización de sus pueblos, no estaba exento de las costumbres sexuales que imperaban en el Tahuantisuyo y que, durante la guerra fratricida, se mostraron tan nefastas. Si no tuvo como su padre falta de control y desbordamiento sexual, Atahualpa fue polígamo ("virtud del sexo fue considerada la poligamia en el entonces Ecuador"), y entre sus mujeres preferidas se encontró "la primorosa Pagya, su hermana y princesa legítima, verdadera flor entre las bellezas indias..., plena de juventud, de sangre generosa y ardiente".

Después de la vergonzosa derrota de Huáscar, que sucumbió

con su corrompida y lasciva corte, a causa de los golpes vigorosos y pérfidos de Atahualpa, llegó el momento también para éste de caer en la trampa tendida por Francisco Pizarro y su pequeño ejército de "conquistadores" (apenas unos doscientos), ávidos de oro y de potencia. Después de una parodia de juicio y falsos testimonios, Atahualpa fue ahorcado, y es así que se cierra el ciclo del incario en Amerindia.

Comienza la época colonial. Es bastante conocida por los numerosos cronistas e historiadores, quienes mostraron las apariencias a menudo contradictorias del desarrollo de la conquista, de la infiltración religiosa paralela a las hazañas guerreras y al fantástico saqueo de las riquezas en oro, plata, esmeraldas, tejidos y obras de arte indígenas, en nombre de los reyes de España y para la gloria de la Iglesia. Dice Zúñiga: "Entre los primeros elementos de reparto para el vencedor, ocuparon lugar preferente las bellas indias. El reparto de éstas, para el abuso y desenfreno sexual de los barbudos, se hizo con miserable sentido de hipocresía; con esa despreciable y eterna simulación de España frente a los asuntos vitales de la raza" (pág. 335). Las mujeres de los Andes constituyeron objetos de botín de guerra, prefiriéndose las que formaban la corte de Atahualpa: "Las sipa-coyas o concubinas de sangre real; las mama-cunas o hijas privilegiadas de los caciques, anejas a la realeza indígena; las ñustas o princesas de gracia legendaria y, en general, todas aquellas que gustaron a los conquistadores. Esta suicida labor de ética hispana se violentó más aún cuando se rebajó al último nivel el valor de la desvalida india con el decreto que mandara publicar Pizarro: recomendábase mucha compostura frente a la mujer"... Pizarro, el plebeyo llegado a ser gobernador y representante del rey de España, no logró ennoblecer su ascensión con la posesión de la hermosa Payya, la hermana y la mujer legítima del último inca. Como otras mujeres e indios fieles al inca ahorcado, se estranguló "en magnífica representación de protesta de la raza indígena contra la fuerza y la injusticia del conquistador" (pág. 376). "Moctezuma y Atahualpa cierran con sus corazones la tragedia de sus imperios. Cortés y Pizarro se confunden dolorosamente en las decisiones de sus egos dis-

gregados. Las ciudades de los lagos (México) se adormecen en los brazos de hidalgos y, tristemente, entréganse en manos de España; las de los Andes milenarios, sin lucha y sin valor, sacrifican sus vírgenes y sus mitos, y consumen su belleza en los brazos de mediocres españoles. España suma a sus hazañas el heroísmo de otra noche triste"... "Sólo el oro vinculó al primer español a las tierras de las Indias Occidentales. La inteligencia y el sentimiento constituyeron factores secundarios en la transformación de las energías de América... La espada de Cristo y el pendón de Castilla, dominantes en los siglos XV y XVI, no fueron suficientes para crear una nueva historia junto a la aurora de una nueva raza."

La conquista española mató el alma del indio: "Absortos ante el relucir del oro, los españoles dieron principio a una fantástica y tangible vida sexual." Pero "posecionarse del oro y del pueblo no es posecionarse del alma". Pese a todo, con diferentes "coeficientes de sangre se amalgamó el futuro de las Indias... Surgió el mestizo, profético y sexual, desligado del mundo ordinario. Su espíritu se dosificó con un ideario arcaico tradicional, inestable". La inquietud, lo tradicional, la inestabilidad —trilogía subjetiva—, "la estructura del triángulo social, económico y político", formaba un prisma a la vez confuso y atractivo. Si lo arcaico y lo tradicional "sacuden y pierden al corazón de Indoamérica", nuevas moléculas sociales se difunden, por la inmigración, en "la discontinuidad de cada república" americana.

Conclusión: "La raza de Iberia creó armonías de vida, de amor y de cultura en la carne joven de la India." Esta conclusión contradice un poco la nostálgica evocación de la descompuesta floración de belleza tropical, como leemos más adelante en el libro del historiador ecuatoriano. Esta belleza "de ojos vivos y penetrantes, como los lagos y las estrellas; de nariz aguileña y delicada, como los espejismos del espíritu; de boca atractiva y de labios carnosos, como el grito de su raza; de gargantas redondas y graciosas, como las sinuosidades andinas; de turgentes carnes y de inefables gracias juveniles... Todas ellas añoraban su pasado de ayer, reviviendo su grandeza en sus

camisas de finos lienzos, bordadas caprichosamente, ceñidas a sus pechos levantados; en los vistosísimos anacos que desde el tronco caían hasta los tobillos, rizando las sandalias de cuero y de lana; en su llicllas o cubre-espaldas que se extendían hacia atrás, sosteniéndose en el pecho con tupos de oro" (pág. 335).

Si algunas indias gustaron del placer y la molicie que les brindaron los castellanos "robustos y sentimentales", otras, en cambio, se sacrificaron junto a los aborígenes. Kori-Occllo, ya mencionada, fue "la india hosca, reacia, como el despoblado de las pumas cordilleranas, que no admite ninguna simiente extraña, la india que mantiene su alma virgen de pecado con otro que no sea de su raza, la tierra americana que queda como una reserva para otra conquista y para otra tragedia. Kori-Occllo es aquella india que se untó el cuerpo con estiércol y lodo y se dejó matar con saetas atrincada a un árbol, antes que entregarse a la pasión sensual del invasor y concebir maternalmente la otra América, en defensa infecunda de la tradición autóctona... De este modo, la mujer india fue de espíritu bravío que defendió la indianidad más que el hombre".

Hoy, tras cuatro siglos de esta "tragedia de Amerindia", asistimos en ciertos países sur y centroamericanos a una especie de renacimiento de las razas autóctonas, llegadas, por el mestizaje con millones de inmigrantes forzados o voluntarios de África y Europa, a una nueva expresión biológica, intelectual y espiritual. Esos zambas, mestizos y mulatos son los cauces del porvenir, cuyos desbordes y resaltos de energía no pueden sospecharse. Algunos antropólogos y arqueólogos, como Arturo Posnansky, aceptan la idea de que el continente americano fue poblado, antes de la conquista española, también por audaces navegantes del Celeste Imperio: "Guiados por la brújula conocida por ellos 2,000 años antes de J. C., llegaron al continente sudamericano. En Eten, pueblo de la costa peruana del Pacífico, y en Aten, de la provincia de Caupolicán en Bolivia, existen todavía hoy indios que hablan un lenguaje comprendido por los chinos." (Nótese la semejanza de los nombres de los dos pueblos). Recordemos que otro analista comprensivo de este crisol de razas que es la Sudamérica, Waldo Franck, ha descripto a uno de los

antepasados de los indios actuales, el quichua, de esta manera un poco inquietante: "El quichua es un hombrecillo de cabeza oblonga, astuto de ojos y de lengua, más nervudo, más traicionero y más cruel; menos sentimental y más sensual; menos místico y mucho más práctico y mucho más ágil de pensamiento. También es sufrido (como el aymará), aunque hay más astucia en el modo de sobrellevar el peso de la montaña". (*América Hispana.*)

No son pocos los antropólogos y sociólogos americanos que, con toda objetividad, pueden reconocer, como A. Posnansky, que desde el tiempo en que fue sometido y catequizado por los españoles, el autóctono (el verdadero autóctono, que no ha experimentado el mestizaje modelador de nuevos tipos humanos) muy poco ha cambiado: "Conserva en parte sus antiquísimos hábitos impregnados de bombásticas costumbres del bajo pueblo español, como también su antigua religión, saturada con la doctrina de la Iglesia Apostólica Romana"... El indio, como los seres de la antigua raza, "es filósofo por excelencia"; y su idiosincrasia, que los europeos desprecian (suponiendo al indio un ser imbécil y de inteligencia poco superior a los seres irracionales) "es justamente el fruto de la enorme edad y experiencia de una larga cultura con condiciones climatológicas desfavorables". Los viajeros y los escritores apresurados, desconociendo el idioma del autóctono, "no pueden introducirse en la confianza del indio, como tampoco pueden observar su índole, sus verdaderas costumbres, para poder apreciar el gran tesoro intelectual que duerme en esta desgraciada raza". (*Tihuanacu*, ob. cit.)

Es necesario recordar, antes de concluir estas páginas sobre la tragedia de Amerindia, la época de "florecimiento" colonial, después de la conquista, en los siglos XVI y XVII, cuando se delineó la estructura de las repúblicas sudamericanas. Esta cristalización social-política, económica y, en parte, religiosa, tiene como elemento primordial la sujeción de las poblaciones autóctonas, de la "desgraciada raza" de los indios —bestias de carga, carne de trabajo y carne de placer—, cuya esclavitud se ha convertido,

por la hipócrita protección de los reyes de España, en las llamadas "encomiendas", en el inquilinato de los indios, que no es otra cosa que una explotación provechosa al mismo tiempo para los ricos terratenientes y los lejanos privilegiados de España. La base de las riquezas y del poder de las familias que han constituido la capa dominante en las repúblicas sudamericanas fue siempre esa explotación del trabajo de los indios, ligados con sus mujeres e hijos a la tierra de sus antepasados, repartida por los virreyes entre los descendientes de los conquistadores. Esta explotación, generalmente despiadada, llegó a veces a formas horribles, provocando rebeliones ahogadas en sangre y periclitando aún el dominio de las "familias antiguas", cuyos vicios se tornaban contra ellas mismas.

Es característica de esa época la historia de una familia de origen alemán, establecida en Chile desde el siglo XVI, con un paje de Carlos V, llamado Pedro Lisperguer. Por matrimonios con españoles y una cacica india, esta familia llegó a ser tan prominente en la vida social-política y religiosa de Chile, que se decía: "En Santiago, el que no es Lisperguer, es mulato" (José Manuel de Astorga). Su poder culminó en el siglo XVII con doña Catalina de los Ríos, de la tercera generación de los Lisperguer, y cuya vida está narrada en base a documentos detallados, por B. Vicuña Mackenna, en un libro titulado *La Quintrala*. Éste es el nombre de horror y oprobio de Catalina, una "Mesalina india-alemana", la "Lucrecia Borgia de Chile".<sup>3</sup> La historia de su familia es la "verdadera vida de la colonia y de su siglo. ¡Y qué siglo! El siglo de la gran rebelión; el siglo del gran terremoto; el siglo de los duelos sangrientos en la plaza pública por feudos domésticos; el siglo de los claustros con sus riñas y sus milagros, sus escándalos y sus santos; el siglo, en fin, del crimen feudal, místico e impune, que personificó en su ser aquella memorable Quintrala".

Su primer crimen fue un parricidio. "Esta doña Catalina mató a su padre con veneno que le dio en un pollo, estando

<sup>3</sup> *La terrible Lucrecia Borgia del coloniaje*, Raúl Montero Bustamante, Obras, T. II, p. 337, 1955.

enfermo.” (Carta del obispo Salcedo al Consejo de Indias.) Lanzada en la pendiente del mal, no se detuvo ante “ningún abismo, ni el de la sangre, ni el de la lubricidad, ni el del asesinato consuetudinario, ni el del sacrilegio”. Parece que en esta mujer se habían concentrado esas flaquezas humanas “que más irresistiblemente dominan la materia y el alma, la lujuria y la ira, porque su tálamo era público y a la par cometía diariamente las más abominables crueldades con su servidumbre en el campo y la ciudad”. Con su propia mano, doña Catalina de los Ríos, cuyas tierras se extendían desde los Andes hasta el Pacífico (los valles de La Ligua y Longotoma), flagelaba con el látigo y el cerote ardiendo la espalda desnuda de sus esclavos y de sus indios de encomienda. Era dadivosa con los fuertes, especialmente con los gobernadores y los “oidores”, para comprar su silencio o su tolerancia; si hacía morir a sus manos a los indios, no se cuidaba de perder así su caudal vivo (un esclavo negro valía 500-1,000 pesos, un indio 3-400 pesos, una mujer 40-50 pesos) a “trueque de satisfacer el apetito dominante de su naturaleza: la crueldad”. Su parricidio, el asesinato aleroso de sus amantes, las tentativas de matar aun a los clérigos que no alababan su “filantropía religiosa”, sus catorce crímenes “conocidos y juzgados” no han hecho “desbordar la ancha copa de la justicia, tal cual la entendían los codiciosos oidores españoles de América”.

Pero cuando Catalina dio muerte a una mulata ajena, de la servidumbre del capitán Francisco Figueroa, éste “salió a la demanda por el alma de la víctima y por el dinero que le costaba, pues era hombre pobre”. Siguió un proceso largo, tortuoso, con enormes honorarios pagados al relator y al abogado, proceso que evidenció toda la corrupción y complicidad de una sociedad establecida sobre el robo, la tortura y el crimen. La Quintrala murió el 15 de enero de 1665, antes de finalizar el proceso. Su testamento, muy detallado, es un ejemplo de impostura y de vano intento de rehabilitación: “Mando que mi cuerpo sea sepultado en el convento del Señor San Agustín de esta ciudad, en el entierro de mis padres, y mi cuerpo vaya amortajado en el hábito de nuestro padre San Agustín”... Ordenó que se dijeran más de veinte mil misas rezadas por su alma, fuera de sufragios y otras

misas que deberían ofrecérsele todos los viernes del año. Ordenó también que "a más de un vestido de paño de Quito y algunas ovejas legadas a los indios de sus estancias, se rezasen quinientas misas por las almas de los que habían fallecido, "en descargo de lo que podía deberles".

Y B. Vicuña Mackenna se pregunta: "¿Esperaba así la infeliz moribunda apagar el murmullo de los gemidos que atormentaban su agonía?" Refiriéndose a su legado de seis mil pesos al "Señor de la Agonía" a fin de que se costease perpetuamente la procesión expiatoria del 13 de mayo, el autor de *La Quintrala* agrega: "¿Fue una esperanza de indulgencia?... No llevemos la mano del castigo más allá de esa sepultura maldecida por los siglos." Doña Catalina de los Ríos murió rica, pero sus heredas "se transmitieron a otras manos por deudas insolutas, a paso que sus contemporáneos hacían a su alma el concurso de castigos que todavía dura". Así, en su crónica siguen otras "peripicias y alianzas, caídas y éxitos de los famosos Lisperguer, hasta su última decadencia, hasta su última tumba". Esta familia "reunió en una sola cuna de oro todas las genealogías ilustres de Chile, dejando a los que no alcanzan tan sublime privilegio suspendidos en las *chiguas* de los plebeyos, ni más ni menos como la siniestra Quintrala ésta colgada de un cabello en la puerta de calle del infierno"...

¿Este castigo póstumo del "juicio histórico" sería solamente un simbólico consuelo? Con su crónica de una familia de privilegiados, el autor de *La Quintrala*, desdeñando el colorido y el deleite exterior de los cuadros de la vida colonial, penetró "en sus fieras entrañas" para sacar "la enseñanza del presente y del porvenir por los hechos constantes y la lógica eterna de la historia". El siglo XVII, "colocado entre la edad embrionaria de la conquista y el prosaico usufructo del siglo XVIII, que perteneció por entero a los mercaderes de Vizcaya y Navarra, preséntase al hombre de estudio no sólo como un sombrío panorama social-político... sino como el gimnasio en que la nación azotada por todas las calamidades del cielo y del destino ejercitó esa energía, inerte tal vez, pero sufrida y tenaz que tantas veces la ha mantenido a flote, ya en el naufragio de las virtudes y del honor de

sus mandatarios, ya en las borrascas de las enardecidas y mal encaminadas pasiones populares”.

Si la “monótona y estéril historia militar de la colonia” hállase ya agotada en unos veinte volúmenes escritos por los historiadores nacionales, está por escribirse “su historia política sacada a la luz de los archivos de España, al paso que su historia social queda aún por desenterrarse de los archivos de los escribanos de Santiago de Chile”, y —agreguemos— de Lima, de Quito, de La Paz, de Asunción, de Caracas, de México y de tantas otras ciudades de Centro y Sudamérica, que fueron los escenarios de la “tragedia de Amerindia” y del gigantesco mestizaje de todas las naciones europeas y aun de los asiáticos con los aborígenes del “Nuevo Mundo”. Mundo viejo, sin embargo, en el cual el factor genésico y las pasiones sexuales tienen, hoy como siempre, su papel decisivo, manteniéndose como una interrogante llena de angustia y de esperanza.

La visión del Carnaval que, en ciertas fechas, enciende sus luces a lo largo de las orillas del Atlántico, desde la Cuba ardiente y otras islas de las Antillas, hasta las capitales resplandecientes del Brasil, Uruguay y Argentina, este Carnaval, en el que predominan los mestizos, los mulatos, los zambas en el desencadenamiento de sus fuerzas telúricas, de sus impulsos frenados durante un año en la dura labor social, se nos aparece como una advertencia deslizada de los bosques, aún impenetrables, de los anchos ríos salvajes y de las nevadas cumbres andinas, en los centros gigantescos de una nueva civilización que no puede ser solamente tecnocrática, como tiende al predominar en el Norte del continente, sino una síntesis de todos los progresos materiales y espirituales realizados en la vieja Europa, sin menospreciar los aportes de Asia y aun de la oscura y misteriosa África.

Esta última está aquí, dispersaba o amalgamada en todos los países americanos, desde los “puritanos” Estados Unidos, hasta las selvas del Amazonas. Hay que mencionar aquí que el sociólogo Pitirim Sorokin, de la Universidad de Harvard, en su libro *La revolución sexual en los Estados Unidos* advierte, en 1936, que los norteamericanos marchan en la misma dirección que condujo a la caída de Roma y Grecia:

“Estamos completamente rodeados —dice— por la marea ascendente del sexo que inunda cada compartimiento de nuestra cultura, cada sección de nuestra vida social... La revolución sexual está cambiando las vidas de los hombres y las mujeres de manera más radical que cualquiera otra revolución de nuestro tiempo.”

Sorokin se refiere a los estragos del alcoholismo, calificando las fiestas de ser “tanto de seductoras como alcahuetes de nuestra cultura”. Sobre el papel de lo sexual en la política, el autor escribe: “Actualmente muchos de nuestros líderes son sexualmente liberales... En el pasado, un servicio religioso era la única ceremonia no política en una convención. Hoy, estas reuniones son estimuladas por alcohol y grandemente animadas por entretenimientos sensuales por una legión de estrellas que se distinguen por sus lances amorosos y por aspirantes a estrellas que reviven las juveniles emociones de los envejecidos políticos.”

Sobre el mismo tema es muy interesante el libro de Leopoldo Stern: *L'Amérique découvre L'Amour* (Ed. P. Ardent, París, 1948), relato social y psicológico de un viaje a los Estados Unidos. Este autor se refiere también al alcoholismo de la mujer norteamericana: “Casi siempre ella trata de ahogar en alcohol sus sueños de amor no realizados” y es de él también que saca a menudo la fuerza de cumplir con sus deseos. Para la mujer de este país, el alcohol es un medio de “corresponder con su subconsciente y de arreglarse con su conciencia. En el estado de irresponsabilidad provocado por las bebidas, ella hallará el coraje necesario para ir hacia el amor, y asimismo la excusa que se daría al regreso”. Las estadísticas detalladas señalan cifras alarmantes. La revista de Yale University Department of Physiology indica que la proporción de las mujeres alcohólicas que, en Norteamérica, estaba (en 1940) de una mujer por seis hombres, ha llegado últimamente a una mujer por tres hombres. “Los especialistas —escribe Leopoldo Stern— agregan que mientras el hombre toma el alcohol por costumbre, la mujer lo hace para olvidar sus penas, y estas penas provienen, en la mayoría de los casos, de un cuerpo insatisfecho o de un corazón desengañado.”

Pero, si volvemos —de estas sombrías perspectivas— a los aborígenes de las tres Américas, a la “desgraciada raza india” y sus descendientes, por mestizados que sean, ellos quedan no obstante en el fondo del crisol americano, como el elemento primordial que los siglos no pueden absorber o eliminar por completo: reserva de vida, de energías y —¿quién sabe?— de insospechadas “revanchas” de los oprimidos y humillados, en la realización de lo que ciertos teóricos de la prioridad autóctona, los indoamericanistas, designan con el nombre de *hombre cósmico*. Nombre quizá orgulloso, pero justificado por la milenaria tradición de esa religión heliolátrica, de esa cósmica comunión con la luz y el calor vivificantes del Sol, adorado por las tribus errantes de los indios primitivos y por los últimos incas caídos bajo los golpes fulminantes de los conquistadores europeos.